

Narrativa y consumo popular

Muchos rasgos comunes tienen todos estos productos editoriales en función de criterios de accesibilidad, como fragmentación, periodicidad, baratura, sistema de difusión, etc. (Botrel, 1974), pero ¿bastan para una clasificación dentro de la narrativa popular?

Por ser breves y baratas, ¿incluiríamos en dicha categoría la Biblioteca Diamante (Barcelona, 1889, 74 vols.) o la Colección Regente (Barcelona, 1900, 76 vol. in 16 de 100p.) vendida a 25 céntimos el volumen?

Por ser galantes, picantes, incluso verdes, y baratas, ¿se incluirán *Una aventura de amor*, *La alcoba de Justina* o la Colección Botón («colección humorística formada por nueve tomitos esmeradamente impresos con sugestivas cubiertas» y no menos sugestivos títulos²⁶) en la narrativa «popular»? ¿O bien se relacionarán con la tendencia erótico-cómico-naturalista que se da en las clases acomodadas en los años 1880? (Botrel, 1988/2).

Tal vez haya que matizar más, cruzando los criterios que permitan configurar varios estratos de públicos según su capacidad lectora (cultural y económicamente hablando), relacionándolos con las características de los textos publicados (novedosos o antiguos, ya pasados de moda o de eterna moda).

El concepto de narrativa popular a la luz de esta construcción rigurosa, quizá resulte en la diacronía mucho más ambigua de lo que parece: un mismo texto, por su «vulgarización», puede adquirir con el tiempo carta de ciudadanía en el pueblo, con transformaciones (texto abreviado, cambio de circuito, otro estatuto bibliológico, con láminas, por ejemplo, versificación, tipos gastados, encuadernación en rústica, etc.) o sin ellas (a través del circuito del libro de ocasión) (Botrel, 1988/1). Tal vez nos encontremos con que la pasividad del pueblo que consume lo que se le deja (los despojos), se acompaña de una discriminación y apropiación en la larga duración que nos sirva para caracterizar más precisamente la narrativa del pueblo.

El estudio de los comportamientos del propio pueblo comparados con las preocupaciones de las clases dominantes superiores por lo que lee y ha de leer nos aclara más.

IV. Políticas de la lectura y comportamientos lectoriales

Aquí interesa analizar las distintas orientaciones de las políticas en punto a lectura y las distorsiones entre éstas y la pragmática del pueblo, en sus relaciones con la narrativa.

²⁶ Como *El cirio del sacristán*, *El pito del bombero*, *Un tenorio de sotana*, *El precinto de Inocencia* o *¡Vaya unas castañuelas!*, tomo de 64 páginas de lectura vendidos a 40 céntimos.

El problema mayor es que el pueblo aprende a leer —proceso inexorable— con el consiguiente cliché, producido y aceptado casi sin distinciones ideológicas, de que dicho proceso, deseado o tolerado, podría llevar al pueblo hacia malos libros que podrían transformar dicho adelanto en una nueva depravación.

De ahí unas políticas indirectamente reveladoras de las preocupaciones, prejuicios o imágenes acerca de las «lecturas» del pueblo: las necesarias o deseables vs las efectivas o potenciales.

Ya en 1839 existía, por ejemplo, una Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo, en cuyos estatutos se señala que «nuestros inferiores todos... han adquirido el derecho de que procuremos su felicidad»; lo firman, entre otros Mesonero Romanos, Gil de Zárate y Quintana.

Años después, el Estado liberal, harto incapaz, hasta bien entrado el siglo XX, de poner en obra un sistema de escolarización eficaz, manifestará a través de sus numerosos proyectos y escasas realizaciones el desfase entre las buenas intenciones y la realidad.

Así, por ejemplo, Felipe Picatoste en su *Memoria sobre las bibliotecas populares*, (1870) sueña con «unas bibliotecas abiertas a todo el pueblo y en que se encontraran la riqueza y profundidad de Calderón; la fecundidad de Lope de Vega; la originalidad y exactitud de Hurtado de Mendoza; [...] el varonil estilo de Saavedra Fajardo; [...] la fluidez de Moncada [...], la variedad y gracia de Cervantes [...]», sin olvidar «la riqueza de otros más modernos» (*sic*).

Gracias al estudio de Antonio Viñao Frago (1987), conocemos mejor la realidad de dichas bibliotecas populares: en las 1.085 creadas entre el 22-9-1869 y el 24-11-1885, primero para pueblos pequeños de zonas rurales y dirigidas a todo el vecindario, y luego de tipo intermedio, en zonas más urbanas, en escuelas, sociedades y centros de instrucción y recreo «de iniciativa social», vemos perfectamente cómo lo que predomina en los fines —y, por consiguiente, en los fondos atribuidos— es la educación popular con los llamados libros de «ampliación y divulgación utilitaria», «con cierto aire entre escolar moralizador y utilitario», según escribe Antonio Viñao Frago. Casi todas las expresiones utilizadas por Felipe Picatoste en su aludida *Memoria...* lo confirman: «obras de ampliación y estudio», «enseñar todos los conocimientos humanos», «al alcance de todos», «con formas seductoras», «entretener agradablemente al lector», hacer que «el estado llano», «cobre afición al estudio», apartándose de «las coplas y jácara en que se glorifica a los bandoleros, romances en que se falsifica la historia, presentando como modelos figuras funestísimas que producen varios males a un tiempo».

Entre las pocas obras de «lectura y recreo» que se incluyen en los fondos remitidos (menos de una tercera parte en las 93 primeras bibliotecas crea-

das) y dado el modo de constitución (sobre la base de libros donados), se encuentran más obras de krausistas o historiadores que de Hartzenbusch, Carlos Frontaura o Fernán Caballero que son los más «literarios». Por supuesto, el único Fernández y González representado se llama Modesto y no Manuel (Viñao Frago, 1987).

En otras bibliotecas menos populares o más interclasistas, la proporción de obras clasificadas en la categoría «Bellas letras», «Buenas letras» o «Literatura», *stricto sensu*, puede variar de un 17% en la Biblioteca Municipal de Jerez en 1984 (con obras de Galdós pero también de Manuel Fernández y González, y *Fabiola*, por supuesto) a una tercera parte en la de Almadén en 1909 (un 22% en la Biblioteca del Fomento de las Artes en 1885, incluidos seis volúmenes de folletines de *Las Novedades*) (Viñao Frago, 1987). En 1882, en la Biblioteca provincial de León, el 24% de las obras consultadas (283 en total), pertenecen a las «Bellas letras» y en Almadén, de junio de 1910 a diciembre de 1911, sabemos que de las 12.250 obras consultadas, 4.364 eran de literatura (35%), lo cual parece sugerir una demanda globalmente superior al nivel de la oferta²⁷.

Más generalmente, el subdesarrollo en España de la llamada lectura pública, apreciable a través de la escasez de bibliotecas estatales u oficiales, es una evidente rémora para el fomento de la lectura y, más peculiarmente del consumo —*via* el préstamo— de bienes literarios: en 1906, las 73 bibliotecas que dependen del Ministerio de Instrucción Pública no reúnen más que 2.191.000 volúmenes²⁸. En 1877, en Alicante, ciudad con 35.000 habitantes pero sólo 10.000 alfabetizados, en la Biblioteca Provincial, 1.231 lectores consultaron 1.338 obras y en León, en 1881 (12.000 habitantes, 6.000 alfabetizados), los 6.928 volúmenes de la Biblioteca provincial tuvieron 823 lectores (1.402 en 1882)²⁹.

No hablemos de las condiciones en que se adquieren y conservan los libros (en León, en 1882, hay 2.182 entregas sueltas por 6.928 libros encuadernados) ni de las condiciones de acceso al libro (no directo, por supuesto), y tampoco de la atmósfera que reina en aquellos «templos» de la cultura que, según dice en 1864 Domingo Fernández Area, «no sirven para nada al pueblo», ya que «el pobre pueblo no entra con zapatos y vestidos rotos y mojados en esas hermosas salas» (Viñao Frago, 1987).

Esta desidia oficial frente a una demanda objetivamente creciente no queda compensada ni mucho menos por otras iniciativas de carácter privado, y en primer lugar por la Iglesia, primera potencia cultural en la España de entonces.

No obstante, es interesante observar su evolución al respecto, ya que en el marco de una desconfianza fundamental hacia lo escrito y de una condena, en principio, de la novela como género, tiene que hacer concesiones

²⁷ Catálogo de la Biblioteca Pública Municipal de Jerez de la Frontera, (*Jerez, 1894*); Catálogo de la Biblioteca de Almadén formado por Rodrigo Prados y Avilero (*Madrid, 1909*) más Apéndices n.º 1, 2 y 3 (*Madrid, 1910, 1912, 1917*); Biblioteca provincial legionense... por D. Ramón A. de la Braña (*León, MDCCCLXXXIV*).

²⁸ Según el autor del informe titulado «La lectura en la Biblioteca» (Nacional) publicado en 1910, en 1882, 28 bibliotecas provinciales acogieron un total de 151.539 lectores y los compara con los 154.611 lectores en la sola ciudad de Filadelfia en 1909...

²⁹ Anuario del cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (*Madrid, 1883, pág. 265*).